

ARTE, AMOR Y TODO LO DEMAS

Los estrenos vistos desde el guardarropa

UNA DE POBRES

Rodríguez Méndez, que estrena menos que el marido de una viuda en terceras nupcias, por la cosa del teatro del silencio mayormente, ha puesto ahora en el Alfil (que se ha convertido en el Teatro nacional de la Progresía) una de pobres que él titula «Historia de unos cuantos», y que son ni más ni menos que el Julián y la señá Rita, la Revoltosa y el Felipe de mi vida, el Pichi y sus Leandras. Unos cuantos que somos todo el personal, vamos, todo el pueblo español, desde la boda de Alfonso XIII hasta los años cuarenta, para que se vea que los que vamos a pie no cambiamos nunca de fortuna, y que de pobre se pasa mal hasta en la zarzuela.

La cosa le ha salido, al «maudit», que le dicen, de los mismos líos que se trae con la censura, aunque habría hecho falta menos Grotowski, menos teatro pobre y mejores actores, quitando la Vicky, que se esmera, la Lagos me refiero, y que estando tan buena consigue hasta salir de vieja pureta. Muy duro, macha, muy bueno lo tuyo, tómate lo que quieras. El que hace del Julián también muy en forma, pero el Ramiro Oliveros, o sea que está tan bueno, es como un pedazo de tronco de leña de actor que tiene menos expresividad que un repetidor de televisión (o sea por el cemento) y pega más voces que un polisario cuando insulta a Hassan.

Rodríguez Méndez nos cuenta, entre otro lances y acaesceres (que digo acaesceres, coño, que no me quiten la ese, que soy un clásico y a los clásicos no se nos emienda), nos cuenta, iba diciendo, el advenimiento de aquella República de sangre y lodo, como diría Giménez Caballero, y efectivamente se recrea en la sangre y el lodo, lo cual que no es que se haya pasado, pero no sé si es estratégico cargarse a los socialistas en estos momento, aunque lo haga desde el pueblo o desde la Revolución. Cuestión táctica y problema de balística a estudiar otro día, cuando pase la navidad.

■ TIO OSCAR.



El cortometraje

Desde que la benignidad de los dirigentes de «NO-DO» (el espléndido noticiario español que ha puesto el mundo al alcance de todos los españoles) permitió que no fuera obligatoria su proyección en todos los locales cinematográficos del país, se ha desatado el mundillo de unos señores que se llaman a sí mismos cortome-

trajistas y que pretenden nada menos que competir con la solvencia, la seriedad, la imaginación y el talento de «NO-DO». Estos señores, incluso, se consideran directores de cine y hasta fueron reconocidos como tales por la Agrupación Sindical correspondiente. Pero estos señores, finalmente, sólo han realizado unas pelucitas que duran diez o veinte minutos y que, además, no tratan de castillos y las bellezas naturales de nuestro incomparable país, sino que pretenden contar historias y hacer un cine del

mismo interés que el que hacen los del largometraje.

Como el lector habrá ido comprendiendo, se ha exagerado tanto la cuestión, que vamos a tener que llamar al orden a estos cortometrajistas (al menos a los que están aprobados, porque, por si fuera poco, hay unos cuantos que tienen que estar prohibidos y bien prohibidos, como ya hablaremos en otra ocasión). Ya los colocó en su sitio César Fernández Ardavin (el autor del terrible y honesto alegato contra el aborto titulado «No matarás») al rechazarlos de su Agrupación Sindical e impedirles votar en las elecciones. Pero ahora tendremos que colocarlos también quienes ceemos que el cortometraje se inventó en su día para enseñar al mundo lo bella y lo diferente que es España; que ese corto en color no tiene que ser más que un complemento al «NO-DO», vocacionalmente destinado a enseñarnos a los españoles lo perfectos que somos y lo bien que vivimos. Si ahora los cortos quieren ser también como las películas modernas (es decir, criticar y proponer ideas no coincidentes con nuestra inmejorable moralidad tradicional) no solo habrá que prohibirlos como se viene haciendo hasta ahora, sino impedir su existencia. Los españoles, cuando queremos descansar de las imágenes de la televisión que nos ofrecen tantos horrores de lo que pasa por esas democracias de Dios, vamos al cine, y allí podemos exigir la contemplación de las delicias de una costa veraniega o, como bien hace el «NO-DO», deleitarnos con la canción de algún cantante polaco desconocido. Con esa estética del «NO-DO» se hace cultura deleitanda. ¡Qué mejor ejemplo para el cine español! ■ EL CRITICO ORTODOXO.

TEATRO

“Pueblo de España ponte a cantar”

No fue exactamente una orden emanada del Teatro Arniches, una determinación «vinculante», que podríamos decir, adoptada en las Cortes. Lo de «ponte a cantar» viene a significar, más o menos, que si uno quiere, vamos, que si le da por ahí, puede cantar. Pero que si no quiere cantar, que no cante. Allí, encima del escenario, había unos chicos muy majos que cantaban y recitaban poesías de unos señores desconocidos. Un tal Antonio Machado, un tal León Felipe, un tal Miguel Hernández, un tal Rafael Alberti, un tal César Vallejo, un tal Pablo Neruda, un tal Gabriel Celaya, entre otros tales. O sea, los mejores poetas de habla castellana en lo que va de siglo, y también los mejores del siglo XIX y del siglo XVIII, y que por un «fatum» inexplicable son, como diría don Rafael García Serrano, los vencidos. Si para escribir como esa gente hace falta ser vencido, aquí estoy yo, que me presento voluntario para que me venzan. Pido que se me haga la caridad

de vencerme, que ya va siendo hora de que escriba algo del éxodo y del viento, de la tierra que ocupas y estercolas, de la España de la rabia y de la idea, o de que algún día vendrá un viento fuerte que me lleve a mi sitio, que es la repera de lo bien dicho que está. ¡Gente fina ésta de los vencidos! Y eso que esta vez no ha cantado Lorca, con sus hombros de pana gastados por la luna, ni Jorge Guillén, el que no pudo decir lo que amaba... ¡Estos desharrapados, estos derrotados, huyendo siempre por los trigales sin saber dónde guardar su España de bolsillo! Pero, hombre, por Dios, ¿con qué cara se han atrevido ustedes a vencerlos? ¿Acaso lo hicieron para que cantasen mejor, como los pájaros ciegos?

El caso es que allí, encima de las tablas del Arniches, estaban unos jovencuelos venga de recitar a esta gente, y toda el alma se le iba al público tras ellos. ¡Quién supiera cantar así! ¡Que alguien me venza, por caridad! ■ ALBERTINA.